

Filosofando

¿Qué hacer frente al dolor del mundo?

El misterio del dolor

La pregunta es, en cierto modo, excesiva. ¿Tiene sentido plantearla? ¿A qué seres o a quiénes abarca la expresión 'mundo'? ¿Qué es el dolor y por qué habría de hacerse algo «frente» a él? Detenerse en estas cuestiones semánticas no sería ocioso, pero tampoco es la reflexión que deseo compartir con ustedes. No se trata de dar respuestas, recetas ni adentrarse en un análisis de carácter filosófico, sino comunicar algo, con el temor y respeto que merece el tema. Algo que pudiera ser un poco de alivio y de sentido para quienes, de distinta manera, vibren internamente con lo que evoca la pregunta planteada.

Resulta revelador, a propósito del sentido de las palabras, la enorme riqueza semántica de la palabra 'dolor'. Es utilizada con diferentes acepciones en los campos de la neurofisiología, la clínica médica, la psiquiatría, la psicología, la moral, etcétera. El Diccionario Larousse (2005) define el dolor como «sensación penosa y desagradable que se siente en una parte del cuerpo», así mismo como «un sentimiento anímico de sufrimiento producido por una gran contrariedad». En sentido figurado, también significa el sentimiento, la pena, la aflicción por un daño causado. La palabra designa, creo, una realidad y un misterio. También hay quienes afirman que, al igual que la muerte, el dolor no puede ser explicado ni interpretado, sino solamente comprendido.

Antes de intentar decir cualquier cosa respecto al asunto al que se refiere esta pregunta, convendrá recordar la advertencia según la cual para hablar del dolor sin disparatar o faltar al respeto, habría que hacerlo «sobre el cadáver de un Dios muerto por amor a los hombres».

La vulnerabilidad

Se ha caracterizado al hombre como un animal vulnerable. Frágil, limitado en todas las dimensiones de su ser corpóreo y de su subjetividad; de su hacer y sus relaciones con los demás.

El antropólogo y teólogo P. Teilhard de Chardin, pensaba que «cuanto más hombre se hace el hombre, más se ahonda y se agrava –en su carne, en sus nervios, en su espíritu– el problema del mal: del mal que hay que comprender y del mal que hay que sufrir» (La activación de la energía, Taurus, Madrid 1965, p. 213).

'Vulnerable' viene del latín *vulnus*, *vulneris*, 'llaga'. Si intentamos decir una palabra de carácter ético y religioso sobre el dolor del mundo, la alusión a las llagas de Cristo como imagen, como metáfora, puede guiar el intento de lo que deseo poder comunicar. Adentrarse en el dolor equivale a «escondarse dentro de las llagas de Cristo». Esta metáfora toma el 'dentro', por una parte, como ámbito o lugar que ofrece una perspectiva, la adecuada para sentir-decir, asumir y enfrentar el dolor. Si pudiéramos habitar la realidad dentro de las llagas de Jesús, incluyendo sus aspectos dolorosos, se verían de manera diferente.

Nos resguardamos en un lugar seguro. Las llagas de Cristo son, paradójicamente, el lugar más vulnerable, el más expuesto. Son el lugar en que la saña y la crueldad humana taladraron el cuerpo del Rabí de Galilea. Tan vulnerable es el Crucificado –icono de la

humanidad torturada, masacrada, violentada, marginada de innumerables formas— como los soldados que ejecutan las órdenes de clavar sus manos. Como el cónsul que «lo entrega» para que lo ejecuten. Como las mujeres que lloran frente al espectáculo, mirando al que traspasaron. Llagas de distintos tipos. En los relatos de las apariciones del Resucitado, son las llagas lo que Jesús invita a Tomás a tocar para que deje de ser incrédulo. Y tocarlas es lo que lo lleva de la incredulidad al reconocimiento de la divinidad de Jesús; de hecho, la primera confesión explícita de la misma en los Evangelios (cfr. Jn 20).

Cuando «ponemos el dedo en la llaga», corremos el riesgo de lastimar. En un lenguaje teológico que se sirve de este simbolismo, sólo si esas llagas son las del Dios encarnado, habremos tocado en ellas nuestra redención.

Vulnerabilidad y solidaridad

En la fe cristiana, que tiene su fundamento directo en los testimonios que recogen los Evangelios, Jesús se identifica con el hombre en crisis, el doliente, el marginado, el pobre (cfr. Mt 25, 31). Es la misteriosa unidad de un Hombre con todos los hombres. Dios se oculta alrededor de nosotros en el dolor y el sufrimiento de las personas, en forma de solicitud, como llamada de atención. La fe ve esto con todo realismo: habita dentro de las llagas de Jesús quien cura a los enfermos, quien visita a los presos, quien lucha por liberar a los cautivos, quien atiende a los marginados, etcétera. Las llagas son morada para el hombre que se acerca a lo vulnerable, a la pobreza, a los enfermos.

Dolor y vulnerabilidad

En la cultura occidental de hoy, desde la que pensamos, se considera que el problema del dolor está en el hecho mismo de que el dolor existe. Por eso creemos que la manera correcta de resolver el problema consistiría en suprimirlo. Se considera que cualquier otro punto de vista, como el religioso, puede ofrecer explicaciones suplementarias útiles que quizá pueden aliviar el dolor, darle sentido, o motivar la lucha más eficaz contra él, sin embargo nos queda la convicción que el dolor «debería desaparecer».

Entendido de una manera diferente, el dolor suscita un conjunto de interrogantes que tienen otra dirección y nos mueven a darle diferentes soluciones. Se puede, por ejemplo, plantear el problema del dolor desde el plano teórico, como en el caso de «Iván Karamázov », uno de los personajes de la famosa novela de Fiódor Dostoyevski (¿cómo es que puede existir el sufrimiento si existe Dios? ¿Cómo ha de entenderse la vida una vez que se reconoce en ella la presencia constante del sufrimiento?). También se puede plantear el problema en términos prácticos, como «Aliosha Karamazov»: ¿cómo adorar a Dios y vivir los sufrimientos que uno padece? ¿Cómo ayudar a otros que sufren? (cfr. A. Tornos, El dolor y lo sagrado). Baste mencionar aquí que la experiencia del dolor se inserta en la experiencia de lo sagrado o introduce al hombre a ella. Ésta es una experiencia confirmada por la fenomenología de las religiones.

La «impotencia» del Todopoderoso

A veces podemos sentir el deseo de que sea Dios mismo quien se esconda dentro de nuestras llagas para que las sane, como el único médico de la humanidad capaz de hacerlo. Hay, sin embargo, otra perspectiva, según la cual se pueden comprender algunas reflexiones teológicas, como las del teólogo evangélico Dietrich Bonhoeffer, mártir de la

resistencia antinazi, condenado a muerte por un atentado fallido contra Hitler. Para este teólogo, «Dios es impotente y débil en el mundo, y sólo así está con nosotros y nos ayuda... La religiosidad humana remite al hombre necesitado al poder de Dios en el mundo... la Biblia lo remite a la debilidad y al sufrimiento de Dios» (Resistencia y sumisión, Barcelona 1969, p. 210). En el siglo XX encontramos muchas personas que han tenido experiencias similares. Las mujeres judías Etty Ilesum, Simone Weil, la poetiza Nelly Sachs, el judío Elie Wiesel (Premio Nobel de la Paz), Emmanuel Lévinas, el teólogo japonés Kitamori, quien, ente otros, hablará del «Dolor de Dios»; Carlos de Foucault, fundador de los Hermanitos de Jesús; José María Mardones, Jon Sobrino, el Pbro. Salvador Rivera («Padre Chavita»), carmelita descalzo que quedó parapléjico desde joven, ejemplo de acogida al necesitado de consejo y aliento; la Sra. Conchita Cabrera de Armida, gran mujer, madre de once hijos y cofundadora de las Obras de la Cruz, inspiradas en su honda experiencia de Dios, y muchos hombres y mujeres, dentro y fuera de la fe explícita, han profundizado esta experiencia.

Jesús es el icono del hombre: no sólo vulnerable, sino del hombre sufriente. Pero lo es asimismo, y en unidad con su vulnerabilidad, de la plenitud de humanización de que es capaz el ser humano.

¿Qué hacer frente al dolor del mundo?

Desde el punto de vista que hemos insinuado, puede decirse que el dolor del mundo, del prójimo y del lejano; de la humanidad toda, es mi propio dolor, y que mi propio dolor es el dolor de Cristo. La pasión de la humanidad es la pasión de Cristo.

Lo que podemos balbucear aquí, es que el sentir con la humanidad puede ser el contenido de la vida misma, el modo de pasar la existencia, el punto de partida de la transfiguración de una actitud, de un modo de estar con los otros en el mundo, de habitar nuestra morada, y callar, como Jesús, quien cuanto más se adentró en la pasión, más calló, hizo más silencio, haciendo así del silencio una declaración, mostrando al silencio como lo verdaderamente fuerte. Enzo Bianchi pregunta: «¿Qué otra cosa es Cristo crucificado sino el icono del silencio y del silencio mismo de Dios?... Justamente ese silencio en el momento de la cruz consigue decir lo indecible: la imagen del Dios invisible ha de ser buscada en el hombre colgado en la cruz. El silencio de la cruz es el magisterio al que nunca dejará de remitirse cualquier palabra teológica» (Palabras de vida interior, Sígueme, Salamanca 2006).

Lo que podemos hacer, es lo que debemos hacer: transfigurar el dolor hasta ver su rostro oculto que, como atestigua la experiencia de innumerables personas, es la alegría. Transfigurar el dolor en alegría es lo propio de Dios, y la posibilidad del hombre que acepta convertirse en su socio, «que se esconde en sus llagas». Lo único claro parece, como imperativo ético frente al dolor del mundo, sentir con la humanidad. Sentir y enfrentar no sólo su propio dolor o el de la persona amada, o que se convierte en objeto de nuestra preocupación, sino sentir el dolor como dolor del mundo, de una sola humanidad, y cuidar de él y atenderlo como se cura un mismo cuerpo. El dolor es morada de la impotencia humana y del amor de Dios.